

La Iliada y la Anabasis: El Hombre, la Guerra y el Libro

Por Orlando Gutiérrez-Boronat, PhD

“...dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios...”

Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha

*They are strange men, those who go to war without masters.
Strange, yet indispensable.*

El hombre, en el sentido universal humano, es el ser que sabe que sabe. Su experiencia no es total hasta que la concibe en reflexión y la ubica dentro de una secuencia de significados para entonces estudiar el mismo proceso de concepción de la experiencia. Este pensamiento constituye una experiencia en sí, un paso más de la mente humana de la oscuridad hacia la luz.

La literatura es un ser en sí, un organismo propio dentro de la esfera del conocimiento, una forma de pensar, y un tipo de experiencia esclarecedora. El libro de la experiencia literaria. Ojalá que no desaparezca ante la barbarie tecnológica donde el hombre se ve cada vez más inducido a sustituir el pensamiento por la opinión, a sustituir la profundidad de la reflexión sobre la experiencia por el asombro ante el evento virtual.

Hay que escribir, entonces, con fe. Aunque los que lean no sean muchos, quizás nunca lo han sido, y aunque los pocos que lean estén ellos mismos dando la batalla contra una modernidad que les arrancaría la virtud de la experiencia, de la vida en la verdad.

Hay pocas experiencias tan abrumadoras, tan totalizantes en la experiencia humana como la guerra, la lucha. La literatura la ha aproximado, a mi entender, de dos maneras: una, desde la

concepción de la guerra como escenario en el cual se dirimen asuntos de envergadura cósmica o histórica que trascienden al individuo mismo o dos, donde la guerra se concibe como una experiencia íntima cuyas causas, mayores, sean religiosas, políticas e ideológicas, están subordinadas al conflicto real, interno de los participantes en el conflicto, quienes deben dominar sus debilidades internas para emerger de la guerra como mejores seres humanos, profundizando en su humanidad de manera insustituible, inaccesible al no participante en la guerra o en la lucha. Esta visión de la guerra establece como primario en el escenario del conflicto, el lazo de hermandad que surge en el conflicto, por estas mismas razones íntimas, entre tanto los compañeros en el conflicto como con los mismos adversarios que están pasando por una similar y temible experiencia que es irremediamente humana.

El prototipo del primer tipo de literatura sobre la guerra es la *Iliada* de Homero, donde la guerra entre los hombres, no es más que el jardín donde juegan los dioses. Todos los protagonistas de la *Iliada* son esclavos irremediables de sus debilidades y, por tanto, fácil presa del antojo de los dioses: Paris por su codicia, Agamenón por su ira, Ajax por un destino que se sobrepone a su virtud, Ulises por su cobardía... quizás el único ser libre en la *Iliada* es Héctor, quien se sabe, al igual que Sísifo, atrapado entre el destino y las mezquindades humanas, sin embargo, se bate hasta el final por lo que vale: su familia, su patria, su hombría. Para los romanos el gran héroe de la *Iliada* era Héctor. Eneas y Virgilio les habían enseñado esto.

El prototipo para el segundo tipo de literatura sobre la guerra es, en mi opinión, la *Anábasis* de Jenofonte (Xenophon), obra mayormente autobiográfica en la que Jenofonte recuerda la lucha del ejército voluntario griego que acude a participar en un desastroso conflicto interno de los persas y como escapan del mismo. Distinto a Platón, a Jenofonte lo que le interesaba era el desarrollo de

los grandes temas universales dentro del plano específico de la vida común de los seres humanos, es decir, como las luchas universales eran internalizadas.

Jenofonte marcha a participar en esta guerra a pesar del consejo contrario dado por su mentor, Sócrates, quien también había sido soldado.

Lo que parece motivarlo en esa dirección es su deseo de completar su experiencia filosófica a su manera y en su forma, y no como extensión de Sócrates. En el transcurso de la expedición narrada, Jenofonte traza como aprende a domesticar sus pasiones, enfrentándose al riesgo y al peligro con poco o ningún espacio de acomodo. La inhabilidad de controlar las pasiones internas lleva a Ciro el Joven a la derrota, y a Atenas a sucumbir ante Esparta. Rodeado por la ingratitud de los hombres que ha salvado, Jenofonte encuentra la paz en un logro superior: la sabiduría. La guerra externa ha terminado como metáfora para su conflicto interno socrático. Se retira a su estancia en el campo, el pro hombre en su etapa de camello, fortalecido por la carga de experiencias y enseñanzas que le han curtido el espíritu. La guerra política la han perdido otros (Ciro el Joven y Pericles) por sus debilidades, Jenofonte ha conquistado sus pasiones, ha encontrado la verdadera libertad. Esta es la trama esencial de Anábasis, algo que Cavafis captura en su clásica poesía, Ítaca:

“Si la encuentras pobre, Ítaca no te habrá traicionado, Sabio como te habrás convertido, tan lleno de experiencia. Habrás entendido para ese entonces lo que esas Ítacas significan.”

En “La Guerra y la Paz” Tolstoy prosiguió con una concepción homérica de la guerra. El lente de su cámara conceptual se enfoca solo en los individuos cuando las transformaciones de los mismos nos ayudan a entender los colosos que se enfrentan: naciones y culturas enteras, Dios y el diablo, el alma humana contra el mundo. Rusia entera cobra vida en su narrativa, una patria

afrancesada al inicio de la novela que al final de la misma se ha descubierto a sí misma, ha sido doloroso el camino, pero vive en su autenticidad. La guerra para Tolstoy es metáfora de un parto cósmico.

El genio de Tolstoy se puede identificar en que no solamente fue autor de la gran novela homérica moderna, sino también de otra gran novela de guerra escrita siguiendo el arquetipo de la Anábasis: Hadji Murat. Una penetrante disquisición sobre la psicología y el mundo moral interno de un guerrero. Harold Bloom describió a Hadji Murat “una crítica poderosa al héroe homérico.”

Murat, el gran jefe militar checheno es el hombre natural, inmerso por sus amores y lealtades en la corrupción de la política, cuyo único norte no es ni una causa, ni la otra, sino el amor por su familia. Su guerra es siempre, por su vida, por su libertad, ante gobernantes que proyectarían sobre pueblos enteros los desmanes de su egoísmo.

Los zoom-in y los zoom-outs de Tolstoy tal y como lo demuestran “La Guerra y la Paz”, y “Hadji Murat”, no tienen paralelo, y probablemente influenciaron la lógica cinematográfica de Eisenstein.

Esta misma óptica íntima-interna de la guerra exterior como proyección de una lucha dentro de la naturaleza del hombre, es lo que tienen en común dos de las grandes narrativas sobre la Primera guerra Mundial: “Sin novedades en el Frente”, (1929) por Erich María Remarque, muestra a la guerra como un horror que aflige a la naturaleza humana, como un desastre que daña la misma condición ontológica del hombre, es decir la paz como el estado natural del alma y el pacifismo como la única resistencia moral coherente ante la monstruosidad de las guerras.

Publicada en 1920 por el también veterano Ernst Jünger, “Tormenta de Acero”, ofrece al igual que “Sin Novedad en el Frente”, una visceral inmersión en la totalidad de la primera gran

guerra. Sin embargo, al contrario de Remarque, Jünger narra y hasta denuncia los horrores de la misma, pero no deja de entenderla, al igual que Jenofonte, donde su voluntad tiene que imponerse sobre su ser para alcanzar primero un escalafón ético superior y segundo, una alta y espiritualidad. “Tormenta de Acero” continúa siendo una obra controversial hasta nuestros días, precisamente por este contenido.

Fue esta visión de la guerra como proyección de la lucha interna, filosófica y espiritual del hombre, la que motivó el libro de ensayos “La Metafísica de la Guerra”, escritos durante la década de 1930 y 1940, donde Evola, quien era un filósofo ultranacionalista, explicaba la guerra como una experiencia fundamentalmente diseñada para la selección de la aristocracia espiritual en la cual pasan a un plano secundario los objetivos políticos de la misma y lo trascendente lo constituye la autorrealización espiritual del guerrero. Para Evola, no es la guerra la que justifica el heroísmo, sino el heroísmo el que justifica la guerra.

Para Evola, el heroísmo justifica la guerra porque es desde, y en la guerra, donde puede decantarse una sociedad jerárquica dominada por aquellos cuya voluntad domina a su ser, que dan más de sí, generando de esa manera un liderazgo que conduzca a la humanidad por un camino de conocimiento y alta espiritualidad.

En su épica novela “Battle Cry”, que representó un éxito internacional cuando fue publicada en 1953, León Uris parte de una concepción de la guerra dramáticamente distinta a la de Evola. También intensamente personal y calcada de las experiencias de Uris como infante de Marina en el Frente del Pacífico en la Segunda Guerra Mundial, “Battle Cry” sigue el modelo de la Anábasis en que prima en ella una comprensión intensamente personal de la guerra. Es más, la novela en sí narra como jóvenes de distintas procedencias se van enfrentando a sus problemas internos desde el entrenamiento en Parris Island hasta las batallas brutales contra los japoneses. En

el camino descubren el valor, la constancia, el honor y el sacrificio, desarrollando una feroz hermananza entre sí y una extraña mezcla de admiración y odio por sus enemigos. Esto los lleva a la universalidad del sentimiento humano, y a imbuirse que es la esencia de la americanidad.

Dos piezas de la literatura enmarcan la transformación de las artes bélicas después de la Segunda Guerra Mundial, en el conflicto entre la democracia y el comunismo, la libertad y el totalitarismo.

La novela “Los Centuriones” (1960) de Jean Larteguy es un clásico de nuestros tiempos. En ella se retrata al combatiente moderno. Un soldado especializado, en este caso un contingente de paracaidistas franceses, que tiene que enfrentarse a enemigos internos y superar sus propias debilidades para poder defender su civilización, en plena decadencia materialista de la anti-civilización: el comunismo internacional y su totalitarismo anti-humano, “La Cultura de las Hormigas” como lo describe uno de los protagonistas de la novela. En ella el soldado-combatiente se encuentra en un conflicto en el cual las líneas divisorias entre civiles y soldados no están claramente definidas, donde la acción armada es solo un componente de guerra política, de una lucha por la civilización frente a la barbarie. Larteguy era una figura calcada en el prototipo de Jenofonte: combatiente en las fuerzas francesas libres contra el nazismo, capitán del ejército francés, condecorado con la *croix de guerre*, corresponsal de guerra, combatiente de nuevo en la guerra de Corea, donde fue herido. Larteguy combinaba su capacidad como escritor con una mentalidad estratégica. Un verdadero teórico de la guerra irregular, su novela es lectura requerida en la escuela superior de guerra en los Estados Unidos. El libro de narrativa histórica de Glenn Garvin “Everybody had his own Gringo”, analiza la misma problemática que enfoca Larteguy, pero desde otro ángulo, el de la insurgencia contra un régimen comunista, en este caso, la resistencia nicaragüense, o los contras. Garvin narra con precisión como se aglutina un ejército de

la resistencia compuesto por diferentes facciones: los exguardias nacionales, las milpas o milicias campesinas, que después de luchar contra Somoza se giran a lucha contra los sandinistas al constatar que una dictadura ha sido reemplazada por otra, y los campesinos independientes, que rechazan el intento totalitario de los sandinistas de imponer el comunismo.

Los contras descubren que se enfrentan a dos poderosos enemigos: el comunismo internacional y fuerzas dentro de la política y la burocracia americana que se oponen al apoyo dado por el presidente Reagan a la “contra”.

“Everybody had his own Gringo” describe un escenario ardiente de la guerra fría. Años antes, el legendario soldado de fortuna británico Mike Hoare había descrito en un formidable libro titulado “Mercenary”, el esfuerzo realizado por una fuerza internacionalista en contra de la insurgencia comunista en el Congo encabezada por Laurent Kabila y el Che Guevara al contingente internacional organizado y dirigido por Hoare se integra una tropa de comandos y pilotos cubanos exiliados, muchos de ellos veteranos de tanto la expedición de Playa Girón como los posteriores campamentos centroamericanos y guerrilla marítima del movimiento de recuperación revolucionaria encabezado por Manuel Artime. Hoare y sus hombres del 5to Comando derrotan a los rebeldes comunistas y obligan al mismo Che Guevara a una retirada desesperada. Hoare destaca en su libro el valor mostrado por los exiliados cubanos en la lucha.

Presentes con el 5to Comando en el Congo y con los contras nicaragüenses, así como en muchos otros escenarios de lucha anti-comunista, la empecinada guerra de los anti-comunistas cubanos requiere de mucha más documentación literaria fuera de los ámbitos del exilio cubano. Uno de los pocos ejemplos de una narrativa objetiva sobre los insurgentes anti-castristas cubanos a finales de los 60 e inicios de los 70, se encuentra en el libro “Miami Massacre”, parte de la serie de acción “The Executioner” escritas inicialmente por Don Pendleton.

¿Es necesario participar en la guerra para escribir verazmente sobre la misma? Hay dos ejemplos que esto no es necesariamente así: La descripción de Víctor Hugo de la batalla de Waterloo en “Los Miserables”, fue tan precisa que muchos veteranos de la misma estaban convencidos de que Víctor Hugo tenía que haber peleado en ella. Claramente influenciado por la tendencia homérica, Víctor Hugo lo que hizo fue profundizar en la pasión y los detalles de la misma hasta poder recrearla con una transcendencia inolvidable en una novela clásica.

Al igual que Víctor Hugo, Stephen Crane, autor de la inolvidable “Red Badge of Courage”, no era veterano de la guerra. Sin embargo, su descripción de las peripecias de un soldado en medio de la guerra civil americana le hizo pensar a muchos veteranos de la guerra de secesión americana de que Crane sí lo era. Indiscutiblemente influenciado por la visión de Jenofonte de la guerra, Crane logró adentrarse y mostrar de manera inolvidable el mundo interior de un hombre, de un combatiente, inmerso en un conflicto armado. La novela de Crane es íntimamente humana, mística y espiritual desde la cotidianidad del soldado.

Tenían todos algo en común, por supuesto: Héctor, Sócrates, Jenofonte, Hadji Murat, los marines novelizados por Leon Uris, los paracaidistas de Larteguy, Mike Hoare y su 5to Comando, los comandos de la Resistencia cubana, los contras... Todos hombres y mujeres valientes que en diferentes escenarios y circunstancias se enfrentaron al malévolo desbordamiento del ego encarnado por la ambición de un Agamenón, los designios de Lenin, Stalin, Hitler, Tojo o Castro, o por la ira destructiva de un Guevara.

Para hacerlo, estos soldados de la libertad (y sobre todo los exiliados cubanos) han tenido que enfrentarse a burocracias traicioneras y mezquinas, a modas del pensamiento convertidas en intereses políticos, todo esto a la vez que se lucha contra un enemigo tenaz y despiadado, enemigo de la misma civilización, la civilización del libro, la única real pues está basada en un mismo diálogo racional sostenido a través de las décadas y los siglos. Tal y como escribiera Spengler “Afortunadamente, en la hora decisiva, siempre hubo un puñado de soldados para salvar a la civilización”.